





Don Tarantulón invitó un día a la rata Josefina y al pequeño mosquito a comer arroz en el restaurante de los gansos chinos.

—Hoy le di un susto tan grande a una niña —dijo don Tarantulón— que yo creo que va a tener pesadillas hasta que cumpla 180 años. El grito que pegó se pudo escuchar a más de mil kilómetros.

—¡Qué chiste! —interrumpió la rata Josefina—. Tú siempre te metes con los más chiquitos. En cambio yo, hace un rato le di un susto tan enorme a la señora Pérez y Pérez que todavía ha de estar llorando encima de la mesa.

—¡Qué chiste! —dijo en voz baja el mosquito—. Ustedes no saben lo que es jugar a las zumbidos. Ayer por la noche visité el oído de un señor con cara de jitomate: por más que me aventó la almohada y trató de matarme aplauso tras aplauso, no pudo rozarme siquiera. No lo dejé dormir ni un solo minuto.

—Qué malos somos, ¿verdad? —dijo don Tarantulón con la sonrisa en su peluda boca.

—¡Malísimos!

—¡Requete-recontra-y-ultra-malísimos!



IGRRR!

IGRRR!

IGRRR!

